

IX urtia
Año IX

1912'ko Aziā - Lotaziā
Noviembre - Diciembre de 1912

18'zenbakija
Número 18

EUZKADI

ILABETE BIÑAKO EUZKO-INGURTIJA
ARANA-GOIRI'TAR SABIN'AK IRASIJA

1912ko galarrena



EUZKADI'KO ITXASUAN

MCMXII'eko Dagoniāren 12-13'an

141 EUZKO - ARANTZALE ITO ZIRAN

EKAITZ IXUKOYAK JÖTA

¡Bere besuetan Jaungoikuak artu ixan begiz!

Argi betikorak argitu bekijoe,
Jauna. * Zeure Deunekin beti-
betiko; erukijora zara-ta. y Jau-
na, betiko atsedena emotsezu:
ta argi betikorak argitu beki-
joe. * Zeure Deunekin beti-beti-
ko; erukijora zara-ta.

tzale zindo aunen goguen aldez,
oya eskatzen dautse irakurlei
EUZKADI-ingurti onek.

NAUFRAGIO DE LA LANCHA “SAN NICOLÁS”

DE LEKEITIO

Naufragio de la lancha “san nicolás” de lekeitio

Interrogado.— Juan Daniel de Ezkurtza, natural de Lekeitio, de 39 años de edad, casado, patrón de la lancha bonitera *San Nicolás*.

La Cofradía de Mareantes, de Lekeitio, observa la inveterada y cristiana costumbre de mandar celebrar los días de precepto, muy de mañana, una Misa, conocida por *arrantzalien Mezia*¹. No quiere esta meritísima institución que sus cofrades comiencen en esos días la áspera tarea de arrancar al mar el pan cotidiano, sin haber antes cumplido el precepto divino.

La tripulación de la lancha bonitera *San Nicolás* se hizo a la mar, después de oída la del domingo, 11 de Agosto, hacia las cuatro de su madrugada.

Esta tripulación componían: Pedro D. de Zapirain, Buenaventura de Paulogorran, Víctor de Basterrika, Fidel de Bengoetxea, Juan de Bermionsolo, Isidoro Salinas y Félix de Laka, patroneada por Juan Daniel de Ezkurtza; jóvenes todos, todos fuertes, de envidiable compleción. Contaban los siete menos edad que Ezkurtza.

Salieron con calma chicha, y entre el acompasado ruido de remos y el célico rumor de oraciones, avanzaron hasta las calas de Lekeitio (Basazabal, etc.) andando en ellas durante el día. La calma continuó gran parte de la noche.

Al rayar el alba del 12, izaron las dos velas, tomando rumbo O. N. O. Durante la mañana y tarde de este día reinó el viento Sur. Divisaron unas cuantas lanchas de Lekeitio, que habían salido de Castro-Urdiales el día anterior, y sin más resultado que la pesca de una docena de bonitos, transcurrió el día de Santa Clara, pero... ¡la noche!

Después de un intervalo de calma, de diez minutos escasos, tiempo que aprovecharon para arriar las velas, observaron, hacia las siete, cambio de viento a N. O., con algo de agua.

No debió satisfacerles el estado atmosférico, puesto que a eso de las diez, y con el objeto de ganar costa, izaron la vela pequeña (balistón). Se iba cerrando el cielo y se aproximaba el temporal, del cual no tuvieron conocimiento, porque — y esto lo decía Ezkurtza en tono de queja— para cuando se reciben los avisos se sale a la mar.

Hallábanse entre Bilbao y Castro-Urdiales, a una distancia de 26 millas, próximamente, de la costa.

Pronto se convencieron, por el ímpetu del viento y el empuje de las olas, que el temporal los había cogido de lleno.

1 La Misa de los pescadores.

EL NAUFRAGIO

No le parecía a Ezkurtza que el estado de la mar fuera alarmante. Era, sí, verdad que apretaba firme el viento, pero, en tales circunstancias habían navegado anteriormente y aguantado el temporal. Esperaban llegar a puerto.

No andarían una milla cumplida, cuando un golpe de mar, impetuoso, *como un equinoccio* (así lo considera Ezkurtza) hizo a la lancha dar vuelta sobre babor.

Reaparecieron. Nadaban todos a corta distancia y en derredor de la lancha. El cielo oscuro; hacia la costa algo de claridad. No había a la vista embarcación alguna, ni veían más luz que de Matxixako y Galea. Imploraban al Cielo, llamando a su abogada *Antiguako Ama*²; y suplicándola volviera hacia ellos sus ojos misericordiosos. Nadie veía nada; la escasísima luz y el movimiento del oleaje no eran propicios para distinguir a los que tan juntos nadaban. Como flotasen los remos y objetos ligeros que sobre cubierta llevaran, cada cual agarraba a lo primero que diera mano. Ezkurtza tropezó con el palo mayor y montó sobre él. Se le acercaron y asieron al mismo palo Fidel de Bengoetxea y Víctor de Basterrika. Félix de Laka consiguió subir a la quilla. Observaron los del palo que la embarcación iba tomando su posición normal, y al ver que los bandazos del oleaje producían en el timón fuertes vaivenes, y podía éste o su caña al emerger lastimar a Félix de Laka, le llamó Ezkurtza: *txotxo, kendu adi ortik, etorri adi ona; txalupia bueltaten*³ *danian ausiko zattu lemiak*⁴.

Saltó Félix de sobre la quilla y se reunió a éstos. Eran ya cuatro en el palo, y distarían de la embarcación unos veinte pies.

Se enderezó la lancha; la proa sobresalía de la mar como una braza; el resto de la embarcación parecía estar anegado; aparecía la vela, a proa, como la habían colocado para ganar tierra.

Los otros cuatro naufragos: Isidoro Salinas, Pedro D. de Zapirain, Buenaventura de Paulogorran y Juan de Bermionsolo, que luchaban con las olas, a la voz de *txalupia tente*⁵ se dirigieron a la misma. No se sabe si llegaron; no hubo más noticia de ellos.

Mientras esto sucedía, Ezkurtza y sus tres compañeros, en inestable equilibrio, daban vueltas y se sostenían sentados y a lo largo, para volver a hundirse al menor amago de oleaje.

Animábanse mutuamente con expresiones como *auenta, txo*⁶.

Dura lucha debió ser esta. A los dos minutos, poco más o menos, Víctor de Basterrika desfallecido, con un ronco gemido, desapareció. (G. B.)

2 Advocación de la Santa Madre de Dios, muy venerada en Lekeitio, especialmente por los arrantzales.

3 En gracia a la exactitud del relato, aparecerán las frases y giros euzkéricos con las incorrecciones del uso.

4 Muchacho, quítate de ahí, ven acá; cuando dé vuelta la lancha te destrozará el timón.

5 ¡La lancha erguida!

6 Aguanta, muchacho.



Juan Daniel de Ezkurtza
Estuvo 72 horas en el mar sobre dos palos
:: puestos en forma de cruz de San Andrés ::

Euzkadi, 1912ko azaroa-abendua

Poco después de la desaparición de Víctor, exclaman: *jamen, amen beste palua*⁷!, y notan que el extremo del palo de proa monta algo sobre en el que descansan. Lo agarran y tomando las drizas que este palo traía, echan las cuerdas en vuelta, y, sin pretender poner firme, los atan y forman una cruz. Ezkurtza aprecia en dos o tres minutos el tiempo que tardarían en esta operación. Debido a esta disposición se evitaba, a pesar del empuje de las olas, que el palo mayor girara como cuando lo tenían solo.

En el cruce mismo se sentó Félix, y a derecha e izquierda Ezkurtza y Fidel.

Temían que los embates del mar los separara y despidiese de la cruz flotante, y se agarraron fuertemente abrazándose por los hombros y la cintura.

En este abrazo íntimo en la cruz que flotaba y los sostenía sobre su misma tumba; cara a cara de la muerte, que amenaza extinguirles la ya débil luz de su existencia, ofrecen a su Virgen de la Antigua en nombre de los tres y a intención de los ocho, celebrar una Misa ante su altar. Quien se salvara quedaba encargado de dar cumplimiento á este voto.

⁷ ¡Hé aquí, hé aquí el otro palo!

Serían las once y media. Azota el viento con ímpetu huracanado; gracias a la proximidad podían entenderse. El mar... horroroso.

Pasan la noche repitiendo el acto de contrición y oraciones de devoción particular: la Salve es reiterada.

Esperan el día. Al alborar observan que el palo sobrepuesto había corrido a la base del palo mayor. Temerosos de que se les escapara, decidieron volver a atar cuando llegó a una distancia de pie y medio, próximamente, del extremo, que labrado en cuña favorecía a aflojar la ligadura y, de consiguiente, a que el palo menor se deslizara. Soltaron inmediatamente las cuerdas y haciéndole rodar sobre el palo mayor hasta su mitad, amarráronlos nuevamente más firme que la vez primera, pues ya veían algo: conviene notar que la cuerda de que disponían llevaba tres poleas.

Sería esto hacia las seis de la mañana del día 13. Descalzos y sin boina, vestían traje completo encerado. Debido al oleaje y al viento que azotaba la superficie del agua, no se divisaba costa. La mar gruesa. Cada vez que llegaba una ola y la contemplaban arrogante, mostrando su penacho de lívida espuma, animábanse con frases como *auenta, auenta eruan barik*⁸. Así preparados, cohibida la respiración y fuertemente asidos entre sí y al cruce, esperando que el monstruo cerrase sus fauces, cubriales imponente para rematar la pobre vida del *arrantzale*. Reaparecidos podíaseles sentir devolver fatigosa la respiración y sacudirse el agua que los empapaba, cual suelen las gaviotas después del buceo.

La lucha era continua: otra ola mayor sucedía a la ya vencida *jzer dakar or!, onetxek ausiko gattu. ¡Ama Birkiña Antiguako mattia, salba gaxuz!... erresa mutilak*⁹.

Era demasiado resistir.

Hacia el mediodía, Félix dijo a sus dos compañeros: *jai mutilak!; egin eban niriak, otsittu egin naiz da. Txarto esanak parkatu; ñor opendiu bazattuuet, parka-eske nago. Ñor anparu barik itto biarra jau da penia*¹⁰.

*Ez mutil ondiñok despediu, auentakozu ta*¹¹, fué la respuesta. ¡Pobre Félix! Hé aquí sus últimas palabras *jai!, ni enaz kapas*¹². Sentía frío. Se desasíó de ellos; rastreando llegó a un extremo del palo menor; se afianzó por bajo los brazos, quedando en agua desde la cintura a los pies; púsose de frente al oleaje, y en esta posición recibía los embates.

Ezkurtza y Bengoetxea observaron que tragaba más agua que la que arrojaba. Unos dos o tres minutos duraría esta pasión, cuando, encorvándose hacia sí, levantó los pies en alto y desplomó

⁸ Aguantar, aguantar, sin (que nos) lleve.

⁹ ¡Qué trae ahí! esta nos ha de destrozar. ¡Madre querida, Virgen de la Antigua, sálvanos!... rezad muchachos.

¹⁰ ¡Ay! muchachos; lo mío hizo ya, pues me he enfriado. Perdonad lo mal dicho; si alguna vez os he ofendido, estoy pidiéndoos perdón. Tener que ahogarme sin amparo de nadie jesta es pena!

¹¹ No te despidas, chico, aún, que ya aguantarás.

¹² ¡Ay!, no soy capaz.

el cuerpo. Resbaló las piernas sobre el palo y reapareció al otro lado. Entre esfuerzos postreros, braceó unas cuantas veces, y con las manos en alto, dándoles de lado la cara, triste, muy triste, de indefinida agonía, le vieron sumergirse. (G. B.)

Tal impresión debió recibir Bengoetxea con lo que acababa de ver, que dirigiéndose a Ezkurtza le dice: *jai, primo! laster ixango dagure zainjia be*¹³.

—*Alimo* (le contestó). *Gaur, onako denporiagaz, eztabe urtengo txalupak, baña bijar urtengo dabe ta artungo gattue bat edo batek*¹⁴. Recitando estaban unas oraciones, cuando Ezkurtza quedó sorprendido viéndole a Bengoetxea *begijaz eta arpegija gorri gorri*, (congestionado) y mirándole fijamente a aquél.

Ezkurtza le interrogaba sin ser respondido. Púsole éste el dedo frente y muy cerca de los ojos, y asegura que no pestañeaba ni veía. Profería ideas inasociables, incoherencias, *edozer* (cualquier cosa): *jsekula onako bokart pilorik*¹⁵!

¿Pero qué traes? volvió a preguntarle Ezkurtza. *¿olgetan zabiz?; olgetako moduan ezkagoz gero*¹⁶.

Se convenció Ezkurtza de que su amigo deliraba. Le agarró, le aproximó hacia sí y le mojó la frente, creyendo que con esto normalizaría su estado; le abrazó.

Intenta Bengoetxea desasirse y Ezkurtza le aguanta firme, originándose un verdadero pugilato entre la inconsciencia, que arrastraba a la muerte y el afecto, que quería evitarla. Produjo esto cansancio en Ezkurtza que, con pena, se vió obligado a desprenderse de su amigo.

Se separó Bengoetxea, y al modo de Félix, se asió hacia la mitad del mismo brazo del palo que este.

Un golpe de mar le despidió, y nadando *ganora barik*¹⁷, volvió instintivamente a agarrar el palo, pero, poco a poco, se desligó y hundió. (G. B.)

Sería hacia las tres.

El único superviviente de la lancha *San Nicolás*, el que tan prolijamente nos ha facilitado los datos de esta reseña, quedábase solo. Elevó su mente al Cielo; invocó a la madre de Dios de la Antigua, cuya medalla guardaba en su pecho; puso en Ella su esperanza; ofreció una Misa y la suplicó le salvara.

Al atardecer, le parecía distinguir la silueta de la costa.

Cabalgando sobre el palo mayor y abrazado al que lo cruzaba, y siempre en oración, aguantó el temporal, que duraba, toda la tarde y noche del 13. ¡Qué noche tan triste debió serle!

13 ¡Ah, primo!: pronto será también nuestra vez.

14 Animo. Hoy, con este tiempo, no saldrán las lanchas, pero mañana saldrán y alguno nos recogerá.

15 ¡Montón de anchoa como este!

16 ¿Andas jugando?; no estamos, pues, á guisa de jugar.

17 Sin fuste.

El día 14, por la mañana, la enfilación de las montañas le situó, y dedujo se encontraría en la cala *Arritxua*, de Lekeitio.

En la convicción del lugar donde se hallaba, dijo: *Or (Lekitton) pentzauko dabe ittota nagola ni, baña, emen nago palo ganian bixirik*¹⁸. Serían las siete cuando observó humo hacia el NE. y cree fuese de los vaporcitos de pesca. Se le cansaba el cuello, y queriendo encontrar una polea que le sirviera para apoyar la barbilla y descansar, dió entre las cuerdas que estaban hundidas, con un chaquetón encerado (cuya pertenencia ignora), del cual se sirvió para cubrir la cabeza.

Cogió una polea, y entrelazando el gancho en la cuerda ya colcada, la afirmó con la cuerda que pudo levantar. Sobre la polea puso las manos, empuñó una sobre otra y apoyó la barbilla.

En esta posición se le acercaron seis u ocho gaviotas, a las que dejó posar, a unas sobre los hombros, a otras sobre la la cabeza, creyendo que al divisar los pájaros se fijarían los vaporcitos en él.

Con igual fin, sirvióse de la estratagema de espantarlas, mas, a corto vuelo, quedaban en los palos, para volver a posarse sobre él cuando permanecía inmóvil.

Desde las nueve empezó a divisar los cascotes de los vapores. Hacia las diez vió pasar, como a unos 350 metros, el vapor de Lekeitio *Ama Antiguakua*, con rumbo al puerto. Gritó e hizo seña, pero como se hallara en dirección del viento, cree no podrían oírle.

Todos los vapores (que serían unos doce) pasaban más afuera, más alejados de la costa, que donde él se hallaba. ¡A la vista de todos ellos, y ninguno le veía! Rezaba, pero parecía que el Cielo desoía sus súplicas. Hacia el mediodía desapareció el último vaporcito.

De nuevo quedaba en soledad. Consideró que con las lanchas de Lekeitio no había ya provecho, pues al siguiente día, 15, fiesta de la Asunción de la Virgen, no acostumbra salir las lanchas de este puerto. Estaba esperanzado de que alguno de los vapores de arrastre, que andan de Donostia, podía encontrarle.

Había amainado el temporal. Se encontraba a una distancia de diez a diez millas y media de Zumaya.

Al anochecer observó, más hacia tierra que él, dos vapores de arrastre levantando la red. Contemplaba la faena impaciente, hasta conocer la dirección que marcasen. Vió que tomaron rumbo a Donostia, resignándose a pasar la noche. ¡Tercera noche!

Al amanecer del 15 encontróse entre Getaria y Donostia. Dos vapores *mamelenas*, uno hacia el E, (que era el núm. 7) y hacia el O. el otro (el núm. 12), más a tierra los dos que el naufrago, fueron las embarcaciones que divisó primero.

Manióbró el 12 dirigiéndose al 7. Esperó Erkurtza a que llegara a la distancia más próxima en su línea de marcha y llamó, tres o

18 Ahí (en Lekeitio) creerán que me he ahogado, pero aquí estoy vivo sobre el palo.

cuatro veces, con un prolongado *eup*, que no le oyeron por impedirles el ruido de la máquina.

Se juntaron ambos vapores. Colocáronse luego en línea y separados, dieron rumbo hacia Matxitxako; el 12 le daba proa al náufrago y arrancó.

Al ver coincidir los dos palos del vapor, señal inequívoca de que hacia el pobre Ezkurtza se dirigía, exclamó éste lleno de júbilo: *Ama Birkiña Antiguako, Ama mattia: ontxe dator neugan barruna ba*¹⁹. Llamó dos veces e hizo seña. Contestáronle, por señas, los del vapor, que le habían visto, y esperara. Al ver arriar el bote, gozoso de su suerte no pudo reprimir un *jaau! aunte nago seguru*²⁰. Se incorporó con ánimo de lanzarse al agua y llegar a nado al bote; lo que hubiera realizado si no por la advertencia de los que lo tripulaban, aconsejándole no se moviera. Le extendieron la mano y le recogieron.

19 Madre Virgen de la Antigua, Madre querida: ahora viene, pues, hacia mí.

20 ¡Aau! ahora estoy seguro.

—*!Auxe da daukadan loguria ta egarrija Santa Klara gabetik ona*²¹, fué lo que se le ocurrió decir al subir al bote.

Lleváronle al *mamelena* 12 y fué confortado con dos tazas de café, un melocotón y una pera; dos cigarros que chupó con delirio. Telegrafieron a la familia de Ezkurtza que éste aún vivía; a lo cual nadie dió crédito por parecer imposible que aguantara tanto tiempo sobre el agua.

Pusieronle a régimen, que no le satisfizo, pues sentía hambre: le aburrían y fastidiaban los cuidados de la Ciencia.

Cumplió, como buen vasco, la promesa hecha al Cielo en los apuradísimos trances, y hoy se encuentra tan sano y bueno, sin ninguna afección moral ni física.

—Así son nuestros marinos.

Arranegi.

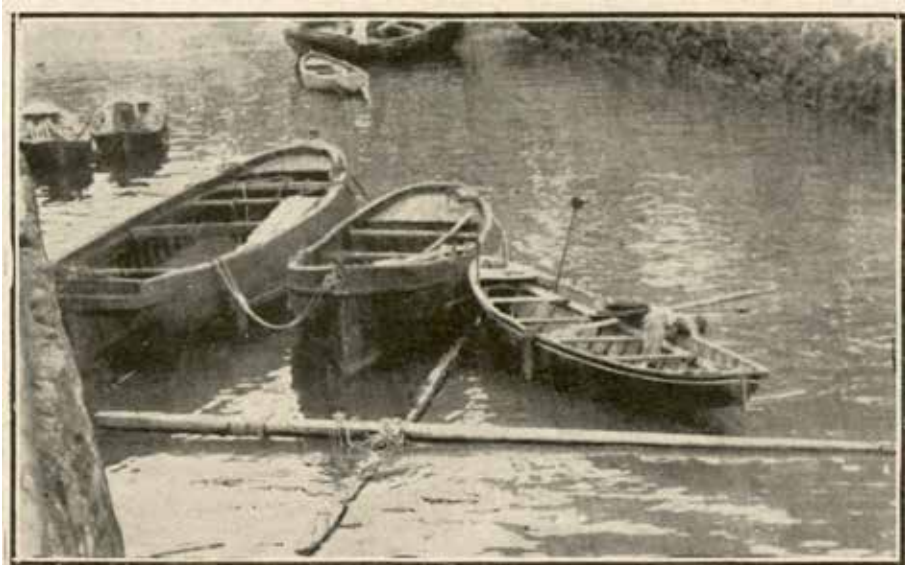
21 Esto si que es sueño y sed que tengo desde la noche de Santa Clara hasta ahora



Bizkaiko Foru liburutegi digitala (Lau Haizeetara)
liburutegibiltegi/bizkaia.eus



Rescate de la txalupa Josephita. Anselmo Guinea, c. 1899



Cruz formada con dos palos, asido á la cual pudo mantenerse en el agua durante 60 horas y salvarse más tarde el náufrago Escurtza.

Gurutze horri eskerrak salbatu zen Eskurtza. Novedades, 1912-8-25

Euzkadi

Euzkadi aldizkaria 1901ean sortu zuen Sabino Aranak eta 1915ean zarratuko zen. Garai ezberdinak izan zituen, hasiera batean Sabino Arana bera izan zen zuzendaria hil arte, 1905etik aurrera Luis Eleizalde. Ideologiari dagokionez abertzalea, *Jaungoikua ta Lagi Zarra*. Kontuz, ez da nahastu behar *Euzkadi* egunkariarekin.

Euskal-Erria

Euskal-Erria seihiilekaria 1880an sortu zuen Jose Menterolak eta 1918an zarratu zen 79 ale argitaratu ostean. Garrantzi handia izan zuen bere garaian euskaltzaleei eta euskal idazleei azpiegitura eta babes eskaini zizkielako.

Estampa

Estampa astekaria 1928an fundatu zen eta 1938an zarratu. Aldizkari grafiko honek arrakasta polita izan zuen batez ere Errepublikaren garaian, argazkiei eskerrak batik batik. Ideologiari dagokionez apolitikoa izan zen hasieran baina gerra garaian Frente Popularraren bozgorailu bihurtu zen.

1912ko galarrena da gure artean entzute handiena lortu duena, akorduan denok daukaguna besterik ez balego legez. Mina ez da neurtzen hildako kopuruaren arabera baina 1878ko galarrena hilkorragoa izan zen eta 1879koa, lekeitiarroi dagokionez are gehiago, 28 ito baitziren (ikus. *Lekeitio, idatziak eta irudiak I*). Ohituta zeuden hemengo arrantzaleak halakoetara, lantzean behin hondoratzen ziren itsasontziak, baina 1912ko abuztukoak ez zuten erraz ahaztuko. 16 lekeitiar ito ziren¹, hor dituzue izen abizenak, eta bakar bat salbatu zen, Juan Daniel Eskurtza. Haren azaina bitan irakurriko duzue: gertatu zenean kontatua, 1912an, eta hogeita lau urte beranduago 1936an kontatua. Elkar laguntzen eta osoztzen dute. Itotakoei buruz ere zertxobait esan behar genuela-eta Erkiagatarren familia aukeratu dugu hiru ito baitziren familia honetan.

¹ Euskal Erria: revista bascongada, 1912ko uztaila LEQUEITIO.—Naufragada lancha San Juan Bautista, remolcada a San Sebastián, vacía. Ahogados: Patrón, José Miguel Erquiaga, deja viuda embarazada. Tripulantes, Santiago Achaval, deja viuda y cuatro hijos; Juan Barbarias, deja viuda y tres o cuatro hijos; Juan Esquiaga (sic), soltero; José Azcorta, deja viuda y siete hijos; José Urquidi, deja viuda y dos hijos; Manuel Erquiaga, deja viuda y ocho hijos, y Andrés Urquidi, soltero. Naufragada lancha San Nicolás: Tripulantes ahogados, Buenaventura Paulogorran, soltero, deja madre pobre; Domingo Zapirain, deja viuda y dos hijos; Miguel Bengoechea, soltero; Víctor Basterrica, deja viuda y un hijo; Feliciano Laca, soltero; Isidoro Salinas, deja viuda y dos hijos; Juan Bermeosolo, soltero. (Salvado el patrón.) Luis Mendieta, ahogado en la lancha Virgen del Puerto, de Ondárroa, deja una hermana. ... En Lekeitio: hombres ahogados 16, que dejan 10 viudas, 37 huérfanos y una madre anciana abandonados.





Erkiaga familia. Bilduma pribatua

ERKIAGATARRAK

Hemen goian duzue Erkiaga familiaren argazkia. Manuel Erkiaga 1885ean ezkondu zen Rita Akarregirekin eta Jose Miguel semea izan zuten. Ezereza emaztea hil zitzaion eta 1887an berriro ezkondu zen oraingoan Luisa Atxabalekin. 1888an jaio zen Catalina Luisa nagusia, atzetik beste zortzi seme-alaba etorriko ziren.

Aita Manuel ito egin zen eta 9 seme-alaba eta alarguna utzi zituen. Baina ez zen bera bakarrik ito, bere seme nagusi Jose Miguel ere ito egin zen eta haurdun zegoen alarguna utzi zuen. Hori gutxi ez eta, Manuelen anaia Juan ere ito egin zen, ezkongabea zen. Udaletxean aurkitu ditugun laguntza zerrendetatik atera ditugu hurrengo datuak:

Tripulante= Manuel Erquiaga Zabala, casado 50 años; Deja mujer Luisa Achaval Arrizubieta, 49 años; y 9 hijos Catalina, soltera, invalida, coja, 23 años, Juan, soltero, 21 años, Sabino, soltero, 19 años, Pilar, soltera, 16 años, Jacinto, soltero, 14 años, Angel varón, 11 años, Francisco, varón, 9 años, Luis, varón, 6 años, y Mateo, varón, 2 años

Patrón= Jose Miguel Erquiaga Acarregui. Casado, 27 años, Deja: mujer en cinta Ana Esnarrizaga Zabala, 21 años (1886an jaio zen, Manuel Erkiaga eta Rita Akarregi, lehenengo emaztearen semea)

Tripulante= Juan Erquiaga Zabala, soltero, 58 años .

Argazkian 11 pertsona ageri dira, aita Manuel bakarrik falta da. Argazkia ez da 1924tik urrun ibiliko. Orduan, 1924ko erroldan, Luisatxuk 61 urte zeuzkan eta Ezpeleta 22an oraindik 7 seme-alabarekin bizi zen, Sabino eta Pilar bakarrik falta ziren. Argazkian denak daude, baita Jose Miguel ere haren argazkia 1912 aurrekoa izan arren, orduko Photoshopa!

Begoña Abaroa Erkiagak eman digu horien berri. Ezkerretik eskumara, goitik behera: goiko aldean Juan Erkiaga, Jacinto Erkiaga, Pilar Erkiaga, Luisa Atxabal ama, Mateo Erkiaga, Angel Erkiaga eta Jesus Erkiaga eta beheko aldean Francisco Erkiaga, Jose Miguel Erkiaga, Catalina Erkiaga eta Sabino Erkiaga.

Memoria oso ona du Begoñak eta hainbat kontutxu kontatu dizkigu, zoritxarrak eta pozak. Ez zuen ezagutu aitta Zakarias Abaroa, Zakaries lagunartean, lau hile bakarrik zeuzkan 1937an baporeko galdarak esplotatu eta aita hil zenean. Itsasoa halakoxea zen! Amuma Luisa Atxabal zen aureskua dantzatzen zuena eta San Juan egun batean, ekainaren 24an! edurra egin zuen. Plaza garbitu eta dantzatzen egin zuen urte hartan ere. Eta gehiago, baina horiek hurrengorako utziko ditugu...



Euzkadi, 1912ko azaroa-abendua

José Miguel de Erkiaga, natural de Lekeitio Sirvió en la Armada, en el Mac-Mahón, a las órdenes de D. Venancio de Nardiz, hasta hace tres años. Una vez licenciado del servicio militar, se dedicaba a las faenas de la pesca, patroneando la lancha San Juan Bautista, propiedad de su padre Manuel, y pereció en el naufragio del día 12 de Agosto de este año, a la edad de veintisiete años.

Era uno de los mejores bogadores de su tiempo, en esta costa, y prueba de ello es que, mariner de la Armada, como queda dicho antes, en unas regatas celebradas en San Sebastián durante el verano último, y con ocasión de hallarse en aguas de este puerto un crucero japonés, tomó parte con otro vasco, elegido entre los tripulantes de la Armada española, contra los de la inglesa y japonesa, teniendo la fortuna de salir victorioso



Hondarrabiako portua. Euskal Erria, 1912ko uztaila

Euskal Erria, 1912ko uztaila (sei hilabetekoa)

Pasado el temporal y abonanzado el tiempo, fueron recogiendo en diferentes puertos, lanchas abandonadas, tristes despojos, luctuario corolario del trágico suceso.

Entre éstas merece citarse, por las imponentes y desgarradoras circunstancias que le acompañaban, la lancha San Juan Bautista, de Lequeitio, que fué remolcada a aquel puerto.

Tenía atravesado el palo encima del castillo, y atado a él, desnudo, el cadáver del mariner José Urquijo. Dentro de la embarcación se hallaron los cadáveres del patrón José Miguel Erquiaga y marineros Santiago Achaval, Juan Barbarias y Juan Erquiaga.



LUA U1524/1



Estampa, 1936-6-29. LUA

Estampa, 1936-6-29

“¡Encomendaos a Dios, muchachos!” les grité por si aún me oían, cuenta este pescador de Guipuzcoa (sic)

¡Sesenta horas nadando con cuatro compañeros y los cuatro sucumbieron!

SIEMPRE MIRANDO AL MAR

La campana de las cofradías, que llaman a la subasta de pescado, está muda en los puertos del país vasco.

Mala ha sido esta primavera la costera de la anchoa; pero la del bonito, que ahora empieza, no ofrece mejores perspectivas. En los puertos de Lequeitio y de Ondárroa, por donde he pasado hoy, las barcas pesqueras están amarradas al muelle. También están allí los pescadores mirando al mar, que es hacia donde ellos miran siempre. Mientras sus diputados andan por Madrid buscándoles socorros oficiales, ellos al mar se vuelven con más confianza. La mayor parte de ellos son viejos. No sabrían ser ya más que pescadores. Se han pasado la vida luchando con el Cantábrico y ni aun en los días de ocio saben alejarse ni dejar de hablar de él.

-Cuenta, cuenta, Juan Daniel, a estos señores cuando te estuviste sesenta horas nadando.

Y este viejo marino de sesenta y cinco años, que es Juan Daniel Escur-

za, nos cuenta con un laconismo impresionante la lucha más dramática que un hombre ha sostenido con el mar.

ASAMBLEA DE NÁUFRAGOS SOBRE LAS OLAS

-Fué- dice-, el día 12 de agosto, de eso me acuerdo bien. Lo que no recuerdo ya es si fué el año 1912 o el 1914. Estábamos pescando varias barcas de Lequeitio a la altura de Bilbao, a unas treinta y cinco millas mar adentro, cuando se desencadenó la galerna más terrible que yo he visto en mi existencia. Todos los puertos de este litoral la recuerdan con terror, porque de todos ellos se llevó muchas vidas. La embarcación que yo patroneaba era una bonitera de vela con ocho hombres de tripulación. Fué la galerna tan repentina, que antes de darnos cuenta que yo llegaba la teníamos ya sobre nosotros. Envueltos en la más negra obscuridad, porque eran ya las diez de la noche, maniobramos un poco para evitar los primeros golpes de mar, pero uno más fuerte, de babor a estribor, escoró la nave y nos barrió a todos de la cubierta. Al caer en el agua, el primer pensamiento que se me presentó fué el de mis hijos. No recuerdo si eran seis o siete los que tenía ya entonces. “Hay que salvarse, Juan Daniel, hay que salvarse a toda costa”-me dije.

-Eso le dió a usted fuerza.

-Mucha necesité aquel día; no sé de dónde saqué tanta. Lo primero que hice fué llamar a voces a los ocho tripulantes. Logré reunirlos, y allí, bajo los truenos y los relámpagos, sin dejar de nadar, sin vernos siquiera las caras, celebramos la asamblea más espeluznante que se puede imaginar. Y no faltó la discusión... Yo, de vez en cuando, pasaba lista, temiendo que faltara alguno. “Joshe Mari! ¡Anthon! ¡Joshe Joaquin! ¿Estáis todos?”

-¿Y qué es lo que discutian ustedes?

-No hubo acuerdo en la discusión. Los cuatro de más edad no quisieron hacerme caso y prefirieron seguir a nado detrás de la embarcación, que, aun escorada, seguía avanzando, porque conservaba parte del velamen. Querían subir a cubierta y resistir sobre ella.

Era un empeño loco. No se les ha vuelto a ver.

CINCO HOMBRES A CABALLO SOBRE EL MAR

-¿Ustedes qué hicieron?

-Los otros cuatro que se quedaron conmigo eran muchachos jóvenes, de veintiuno a veinticuatro años. Por eso pude dominarlos mejor. Yo había logrado recoger desde el primer momento el palo mayor, que tenía unos cuarenta y seis pies de largo. Era la tabla de salvación que les había propuesto a todos como más segura.

-¿Cabalaron ustedes sobre él?

-Con eso bien poco hubiéramos conseguido. Las olas le hacían girar constantemente y no hubiéramos podido sostenernos encima. Sin soltarle, nos dedicamos a buscar el trinquete, de unos veinticinco pies, que también había caído, y, valiéndonos de las cuerdas que andaban por allí flotando, unimos los dos palos en forma de aspa para que así pudieran dar vueltas con los golpes del oleaje. Así pudimos ya sentarnos sobre el palo mayor. Ahora hacía falta sostenerse. Con cabos y lonas, que podíamos ir cogiendo según pasaban, logramos fabricarnos cada cual unos estribos y unas riendas, como si en realidad el madero fuera un caballo. Conocíamos bien las corrientes del Golfo de Vizcaya y nos hizo abrigar un poco de esperanza el ver que habíamos entrado en la que de Oeste a Este nos llevaría hacia la ruta de los barcos pesqueros de Guipúzcoa que saldrían de madrugada si amainaba la tempestad.

EL DELIRIO DE UN LOCO EN MEDIO DE LA TEMPESTAD

-¿Después de todos esos trabajos estarían ustedes agotadísimos?

-Completamente, y, además, helados de frío hasta los huesos. Ama-

neció y se hizo el día claro, pero no divisábamos ninguna embarcación. No se atrevían a salir todavía, porque el mar continuaba amenazador.

Al disipárenos aquella última esperanza cayó sobre nosotros un velo negro de preocupación. Ninguno se atrevía a hablar. Tampoco teníamos fuerzas. ¡Si, al menos, hubiéramos podido dormir! De pronto, el más joven de los cuatro empezó a decir unas cosas extrañas. “¿No ves ese banco de anchoas, Juan Daniel? Las vienen arreando tres tollinos. ¡Es enorme, es enorme! Echa la red, Juan Daniel.” Lanzó una carcajada nerviosa, que sonó de un modo desgarrador, y se dejó caer de cabeza al agua.

En silencio, vimos cómo se hundía y rezamos a media voz un Padre-nuestro.

AL CAER LEVANTABAN LOS OJOS AL CIELO

-La muerte del más joven de los tres muchachos- dice Juan Daniel- causó una terrible impresión en los otros tres y procuré darles ánimos: “Si resistimos un poco más, estamos salvados. La tempestad ha cedido mucho y tienen que haber salido ya muchos barcos en busca nuestra.”

Resistimos todas otras doce horas. Llevábamos ya veintiséis sobre el agua. Teníamos llagadas manos y piernas por el roce de las cuerdas y del palo. Al cabo de ese tiempo, dos de los muchachos se declararon vencidos.

-No puedo más, Juan Daniel.

-Ni yo tampoco.

Los dos, ayudándose mutuamente, como si se quitaran un peso de encima, me pedían permiso para dejarse morir.

-Tengo la garganta seca, ya no puedo hablar. Si vuelves a ver a mi padre, Juan Daniel, dale un abrazo.

-Se me va la cabeza. Ya no os veo, Juan Daniel. A mi pobre madre...

Vacilaron los dos unos momentos sobre el madero. “Encomendaos a Dios, muchachos”- les grité por si aún me oían.

Me habían oído. Al dejarse caer, los dos hicieron un esfuerzo por levantar los ojos al cielo.

UNA LUCHA EN LA AGONÍA

-Ya sólo quedaban ustedes dos.

-En aquel momento yo no sabía si quedábamos dos o quedaba yo solo. Aquel muchacho estaba asistiendo a la tragedia con un silencio que me impresionaba. Si él caía también, me iba a quedar yo solo. Me causaba horror la idea de verme en aquella inmensa soledad, aunque bien sabía que mi compañero en nada podría ayudarme. Me acerqué, y en un arranque, que no sé si fué de valor o de pánico, le sujeté fuertemente los brazos por la espalda.

-Tú no caerás como éstos. Si hemos de caer, caeremos los dos juntos. ¡Sería terrible quedarse aquí uno solo!

-No, Juan Daniel; suéltame...

Mi gesto produjo en él un efecto contrario. Parecía como si hubiera estado esperando la menor palabra para confesar su debilidad.

-No, no, Juan Daniel; tú eres más fuerte. Y eres casado. No tengo derecho a arrastrarte conmigo. Y yo no puedo más. Tú sabes de sobra que no he sido muy bueno con mi padre, que le he dado muchos disgustos...

Todos los actos de su vida le iban pasando por la imaginación con esa lucidez, que, según dicen, es propia de la agonía. Estaba agonizando y me empeñaba en asirme a aquel poco de vida que a él le quedaba para no encontrarme completamente solo. Así estuve sosteniéndole tres horas. Creo que luché con él en su agonía para que no se me escapara. Y me venció. Su último estertor fué tan violento que el cuerpo, el cadáver ya, se me escapó de las manos.

APARECE UN BARCO, CAMBIA DE RUMBO, Y, AL FIN...

-Cuando me vi solo- continúa Juan Daniel- pensé volverme loco. Locos, me parecía a mí que habían muerto los otros cuatro. Tenía una sed horrible. Más que el cansancio, más que las llagas de las piernas, me atormentaba la sed en medio del agua. La corriente seguía llevándome hacia el Este. A un lado iba dejando todas las enfilaciones, que yo conocía bien, de la costa vizcaína, de la guipuzcoana. Veía la tierra tan cerca y nadie me veía a mí. Nadar era imposible. ¿No aparecería algún barco?

Al clarear el tercer día, cuando ya llevaba sesenta horas a merced del oleaje, me encontré frente a San Sebastián. Veía el litoral a no más de siete millas. Y vi un barco que salía a la pesca de altura y que llegaba en mi dirección. Le hice señas, creía que me había visto, y cuando ya estaba a dos millas, desvió el rumbo.

No me descorazoné, porque aquello era que los barcos salían ya y tenía que verme alguno. Efectivamente, uno oyó mis voces dos horas más tarde y me recogió. Yo mismo trepé a bordo por la escala.

-¿Aún le quedaban a usted fuerzas?

-Yo no sé si eran fuerzas o eran las ganas que tenía de echar un trago de agua.

LOS MÉDICOS NO SABEN QUE SE PUEDE MORIR DE HAMBRE

-¿Y apetito no tenía usted?

-En cuanto bebía agua lo fui sintiendo. Me llevaron a una fonda de San Sebastián y me acostaron. Acudieron varios médicos, llegó el alcalde de Lequeitio, que era don Bruno Larrazábal... Los médicos le dijeron: “Tenga cuidado con él; está muy grave. Las heridas de las piernas no tienen importancia, pero el corazón no funciona.”

¿Cómo había de funcionar? No me daban más que un poco de leche y una copita de jerez.

Cuando se marcharon los médicos llamé a la patrona:

“Estos me están matando de hambre. Tráigame usted una chuleta y un cuartillo de vino.”

-¿Y se lo trajo?

-Claro. ¡Si no necesitaba otra cosa! Cuando volvieron los médicos se quedaron admirados de lo bien que estaba. Se lo dijeron al alcalde: “No hemos visto nada parecido. Hace unas horas se estaba muriendo y ahora está perfectamente normal.”

Y es que los médicos no comprenden que uno se puede morir de hambre.

DE NÁUFRAGO A PATRÓN DE CANOA REAL

-Le quedarían a usted pocas ganas de volver a la mar.

-Peor es no poder salir como ahora. A ella volví. Se interesó por mi doña Cristina, que estaba en San Sebastián. Me hizo una visita y me regaló una medalla de brillantes, que todavía conservo. Después entré al servicio de palacio. Durante muchos años fui patrón de la Fa-Kuntusing, la famosa canoa de don Alfonso. A todos sus hijos los he enseñado yo a nadar y los he paseado por el mar. Cuando fueron algo mayores me querían como a un amigo para sus juegos y sus excursiones por el mar.

Un día, en Santander, don Juan, que era muy decidido, me dijo. -Yo no sé cómo se pescan las langostas. Tenemos que ir un día a pescarlas Juan Daniel.

-Mañana las pescaremos alteza.

Yo me dediqué aquella tarde a repararle un engaño inocente, de chiquillo, que le iba a divertir mucho. Compré unas docenas de langostas y las fuí prendiendo en los aparejos. Luego me dediqué a colocarlos a lo largo de la costa. Así iríamos al día siguiente a pesca segura y los chiquillos se divertirían mucho.

Estaba yo esperando que llegaran al embarcadero para salir, cuando



Fackun-tu-zin, Alfonso XIII.aren ontzia Lekeition.
Lekeitio bistara. Yanke familiaren artxiboa

veo que con ellos vienen don Alfonso y doña Victoria, con no sé cuanto acompañamiento de almirantes y oficiales de Marina. Don Juan les había contado que íbamos a pescar langostas y les gustó a todos la idea de aquella excursión. ¡En menudo lío me había metido yo! No sabía si decir la verdad o callarme. Si la decía, la excursión ya no tenía interés. Llegamos a la primera cuerda y tiré un poco de ella, como para comprobar si había pesca. Casi veía a simple vista las langostas, metidas allá abajo en un cesto.

“Parece que pesa, ¿eh, Juan Daniel?”

“Aquí lo menos hay dos, alteza” –dijo, procurando ponerme muy serio-. Seguí tirando de la cuerda y salieron, claro está, dos langostas de quince pesetas cada una. Continuamos a la siguiente:

“Esta pesa mucho. Aquí hay más de dos”.

Naturalmente, había tres. Doña Victoria estaba admiradísima:

“¡Pero qué vista tiene este Juan Daniel! Ha tenido que ser un gran pescador.”

Amí me daba ya un poco de vergüenza lo que estaba haciendo. Me acerqué disimuladamente a don Alfonso y le descubrí el apuro en el que me veía.

El se echó a reír:

“Me lo estaba figurando –dijo-. Pero cállate, hombre, cállate y sigue, que estás pasando por el mejor pescador de España. Y pasa luego la cuenta de lo que has gastado, que los chiquillos se están divirtiendo mucho...”

Y AHORA VIEJO YA...

Juan Daniel, hercúleo todavía y lleno de salud, come hoy, como otros tantos héroes del mar en este litoral vasco, el día que el Cantábrico se deja arrancar por misericordia algún pececillo.

–Un día que estuvo aquí, de paso, el señor Azaña, cuando fué presidente del Consejo, en el primer bienio, oyó hablar de mí y mostró deseos de conocerme. Anduvieron buscándome por el pueblo, y cuando me encontraron, ya se había marchado el presidente.

“Habrá que hacer algo por él” –dijo al despedirse.

No sé si ahora se acordará.

JOSÉ R. RAMOS



Después de muchas horas de lucha con el mar, lo único que han logrado arrancarle son esos dos peces que sostiene uno de los pescadores.

lidad el madero fuera un caballo. Conocíamos bien las corrientes del Golfo de Vizcaya y eso hizo abrigar un poco de esperanza el ver que habíamos entrado en la que de Oeste a Este nos llevaría hacia la ruta de los buques pesqueros de Gijón que saldrían de madrugada si amainaba la tempestad.

EL DESLIZO DE UN LOTO EN MEDIO DE LA TEMPESTAD

–¿Después de todos esos trabajos estarían ustedes agotadísimo?”

–Completamente, y, además, helados de frío hasta los huesos. Amaneció y se hizo el día claro, pero no divisábamos ninguna embarcación. No se atrevían a salir todavía, porque el mar continuaba amonazando.

Al desaparecer aquella última esperanza cayó sobre nosotros un velo negro de preocupación. Ninguno se atrevía a hablar. Tampoco teníamos fuerzas. ¡Si, al menos, hubiéramos podido dormir! De pronto, el más joven de los cuatro empezó a decir unas cosas extrañas. “¿No ven ese banco de anchoas, Juan Daniel? Las vienen arrastrando tres ballenas. ¡Es enorme, es enorme! Echa la red, Juan Daniel.” Llanos una carcajada nerviosa, que sonó de un modo desgarrador, y se dejó caer de cabeza al agua. En silencio, vimos como se hundía y rezamos a media voz un Padrenuestro.

AL CAER LEVANTARÁN LOS
NUEVE EL CIELO

–La muerte del más joven de los tres muchachos –dice Juan Daniel – causó una terrible impresión en los otros tres y procuré darles ánimos: “Si resistimos un poco más, estamos salvados. La tempestad ha cedido mucho y tienen que haber salido ya muchos buques en nuestra muestra.”

Resistimos todas estas doce horas. Levantábamos ya veintidós sobre el agua. Teníamos llagadas manos y piernas por el roce de las cuerdas y del palo. Al cabo de ese tiempo, dos de los muchachos se declararon vencidos.

–No puedo más, Juan Daniel.

–Ni yo tampoco.

Los dos, ayudándose mutuamente, como si se quitaran un peso de encima, me pedían permiso para dejarme morir.

–Trigo la garganta seca, ya no puedo hablar. Mi cuerpo a ver a mi padre, Juan Daniel,dale un abrazo.

–Se me va la cabeza. Ya no se ve, Juan Daniel. A mi pobre madre.

Vacilaron los dos unos momentos sobre el madero. “Entonces me voy a casa, muchachos” –les gritó por el aire uno de los



El día se está oscureciendo y la pesca va mal. Con el escaso número de peces que reparte le ha correspondido, el pescador regresa a su hogar, donde le aguarda su familia.

Me habían visto. Al dejarme caer, en una habitación tan estrecha por levantar los ojos al cielo.

UNA LECTURA Y LA NOVELA

Ya sé qué estaban hablando...
 — En aquel momento yo no sabía ni qué querían decir a propósito de eso. Aquel momento estaba escuchando a la tragedia con un silencio que me impresionaba. Si él era también, no iba a hablar ni nada. Me creía una especie de cosa de verme en aquella...
 — ¿Y en el momento en que...
 — No, Juan Daniel, continúa.
 Me gusta mucho en el momento contrario. Parecía como si hubiera estado escuchando la misma palabra para entender su significado.

Seguro en un momento. Le hizo saber, cosa que me había visto, y entonces ya estaba a dos millas, dentro el puerto.
 No me desentendí, porque aquello era que he sacado salado ya y tenía que verme algo. Estrictamente, uno que me voy dos horas más tarde y me voy. Yo mismo tengo a veces que ir a casa.
 — ¿A qué le quedaba a usted fuerza?
 — Yo sé que si voy fuera a ir con los gases que le me de como un lago de agua.

LOS MEDICOS DE ARREN QUE SE PUEDE MORIR DE DOLOR

— Y a propósito de temas así...
 — En cuanto había agua le fui atendiendo. Me llevaron a una cama de San Sebastián y me acostaron. Acabaron varias médicos, llegó el alcalde de Lequeitio que era don Bruno Larrazabal. Los médicos le dijeron: "Déjalo cuidado con él, está muy grave. Las heridas de las piernas no tienen importancia, pero el corazón no funciona."

— Yo no sé cómo se pisan las langostas. Tenemos que ir un día a pescarlas. Juan Daniel.
 — Mañana las pescaremos. Alíen.
 Yo me dediqué aquella tarde a preparar un pequeño momento de trabajo que le iba a divertirse mucho. Compré unas docenas de langostas y las fui preparando en los aparatos. Luego me dediqué a ir a caballo a la larga de la costa. Así también el día siguiente a pesca segura y los chiquillos se divertían mucho.
 Estaba yo esperando que llegaran al embarcadero para salir, cuando veo que con ellos vienen don Alfonso y don Victoria, con un séquito acompañamiento de sirvientes y oficiales de Marina. Don Juan les había contado que íbamos a pescar langostas y les gustó a todos la idea de aquella excursión. (En momentos de mi vida me había metido ya). No sé si a decir la verdad a vosotros.
 Si la obra, la...
 — ¿Y a propósito de temas así...
 — En cuanto había agua le fui atendiendo. Me llevaron a una cama de San Sebastián y me acostaron. Acabaron varias médicos, llegó el alcalde de Lequeitio que era don Bruno Larrazabal. Los médicos le dijeron: "Déjalo cuidado con él, está muy grave. Las heridas de las piernas no tienen importancia, pero el corazón no funciona."

ya no tenía interés. Llegamos a la primera tierra, y fue un poco de día, como para comprender la falta de poder. Casi solo a simple vista las langostas, todavía ella estaba en su estado.
 "¿Puedo que pase, en Juan Daniel?"
 "Aquí es mismo. Voy don Alfonso" — dijo, presentando personas muy serias. — Según tipo de la especie y saberlo, algo más, dos langostas de cuatro puntos cada una. Continuamos a la siguiente.
 "Esta poca muchis. Aquí hay más de dos".
 Naturalmente, nada más. Don Victoria estaba sorprendido.
 — Pero que visto tiene más Juan Daniel? Ha tenido que ser un gran pescador.
 A mí me da en un poco de veracidad lo que estaba haciendo. Me acordé distancionalmente a don Alfonso y le enseñé el apuro en que me está.
 — ¿Y a propósito de temas así...
 — En el momento en que...
 — No, Juan Daniel, continúa.
 Me gusta mucho en el momento contrario. Parecía como si hubiera estado escuchando la misma palabra para entender su significado.

T AMOR, SERA VA...

Juan Daniel, hermano Isidoro y otros de aquí, como hay como otros hablan hablan del mar un día liberal, pero, es una que el Cantábrico se dejó arrastrar por una tormenta alguna persona.
 — He de que estoy aquí, de paso, al señor Alfoa, cuando fue presidente del Consejo, en el primer barco, voy hablar de mí y mostrar deseos de conocerlos. Anduvieron fuertemente por el pueblo, y cuando me encontraron, ya se había acabado el presidente.
 "¿Haber que hacer algo por él?" — dijo el diputado.
 — No sé el señor lo acordar.

SON EL RAMOS

Estos dos grandillos salen ya lo que son las pelotas del mar.



El hijo Amalia.

La zar del mar llama desde pascuas a los hijos de los pescadores cantábricos, despertando se aflicto el peñero-aflicto.

— No, no, Juan Daniel. Tu eres más fuerte. Y eres cuando. No tengo derecho a acercarme contigo. Y en mi pueblo más. Tu sabes de cómo que no lo sé. Hay un hombre con mi padre, que le ha dado muchas alegrías.
 Todos los días de él, está a diez metros por la imaginación con sus hechos, que, según dicen, es propia de la aguja. Estaba apunzando, y me empezaba en acción a aquel poco de vino que a él le quedaba para no encontrarme completamente solo. Así estuvo sosteniéndole tres horas. Como que hecho con él en su aguja para que no se me ocupara. Y me venía, su último estorbo fue las heridas que el cuerpo, el cañer ya, se me ocupó de las cosas.

¿Cómo había de funcionar? No me daban más que un poco de herbe y una cepita de jereñ.
 Cuando se marcharon los médicos llamé a la partera.
 "¿Cómo me está matando de hambre. Trágame usted una chuleta y un cuajillo de queso."
 — Y se lo traigo.
 — Claro, ¡si no necesitaba otra cosa! Cuando vuelven los médicos se quedaron admirados de lo bien que estaba. Se le dijeron al alcalde: "No hemos visto nada parecido. Haz unas horas se estaba muriendo y ahora está perfectamente normal".
 Y es que los médicos no comprenden que uno se puede morir de hambre.

APARECE EN BARRO, GORRIAS DE BARRIO, Y ALFONSO...

— Cuando me vi solo — continúa Juan Daniel — pensé salvarme los. Luego me parecía a mí que había muerto los otros caños. Tenía una piel horrible, que me se caía, más que los dedos de las manos me alimentaba la piel en medio del agua. La corriente seguía llevándome hacia el Este, a un lado de la derecha todas las refacciones, que ya venía bien, de la costa vizcaína, de la guipuzcoana. Voy la tierra tan cerca y nadie me veía a mí. Nadar era imposible. ¿No aparecería algún barco?
 Al volver el barco, yo llevaba veinte horas a merced del oleaje, por encontrar frente a San Sebastián. Voy al interior y me más de diez millas. Y vi un barco que salió a la pesca de altura y que

DE NAUFRAGO A PATRÓN DE CÁMERA REAL

— Le quedarán a usted pocas ganas de volver a la mar.
 — Pero se me poder salir como antes. A ella está, se interesó por mi hija Cristina, que estaba en San Sebastián. Me hizo una visita y me regaló una medalla de brillante, que todavía conservo. Después entré al servicio de palacio. Durante muchos años fui patrón de la Fu-Exelensio. La fortuna cayó de don Alfonso. A todos sus hijos los ha empujado ya a mar y los he pasado por el mar. Cuando fueron algo mayores me querían como a un amigo para sus piques y me excursionaban por el mar.
 Un día, en Santander, don Juan, que era muy simpático, me dijo:



En el liberal cantábrico la mujer trabaja activamente en los sencillos y en la venta del pescado para ayudar al marido, que lleva cansado de la dura labor.



Biblioteca Nacional de España
 bne.es